



EL PORVENIR DE LA NOSTALGIA

A su retorno de los Estados Unidos, Zweig no soporta ya la sociedad. Sin embargo, hay una personalidad a la que visita con frecuencia; se trata de Sigmund Freud. Justamente antes de la invasión, el viejo sabio pudo abandonar Viena gracias a la princesa María Bonaparte, una de sus discípulas, con la ayuda del embajador Bullit. A sus ochenta años y gravemente enfermo, Freud conmueve a Zweig por su dulzura y su valor, por esa asombrosa energía que aún le permite escribir a diario y perseverar del modo más estoico en sus investigaciones de la verdad humana, más allá de todos los biombos de la conciencia. Un espíritu claro y lleno de vigor es el amigo que Stefan Zweig necesita en esa época de confusión. Admira al anciano que sigue rechazando los somníferos. A Freud solo le restan unos meses de vida, pero los aprovecha intensamente, y Stefan goza entusiasmado con su conversación. En las trágicas circunstancias que ambos viven, Freud sabe conservar una importante elevación del pensamiento. Zweig ha encontrado en él un maestro de vida. Cuando Sigmund Freud fallece en septiembre de 1939, Zweig es autorizado —pese a ser un residente extranjero— a pronunciar un breve discurso en las exequias en honor de quien le proporcionara el más vivo disfrute intelectual y fuera para él, durante los últimos meses, un ejemplo de equilibrio y de tenacidad interior.



Desde antes de la declaración de guerra, la muerte ronda a Zweig. Se entera de que varios amigos austríacos han sido arrestados, torturados, desposeídos de todo. Varios se suicidan. Las comunicaciones se hacen más difíciles. El drama de Austria le atañe directamente. Hace ya largo tiempo que abandonó su patria, pero hay que decir que su verdadera patria fue siempre toda Europa. La anexión de Austria significa para él una doble amputación. Su refugio de Bath se convierte en una especie de prisión cuando estalla la guerra, ya que ha entrado en la categoría de «extranjeros de país enemigo». De nada le sirve perder su nacionalidad austríaca. En adelante será algo semejante a un apátrida. Dedicar, pues, lo principal de su tiempo a las gestiones necesarias para la obtención de visados, de permisos de residencia y, ante todo, de la nacionalización inglesa que tanto se hace esperar. Zweig padece por Lotte, quien por los mismos motivos de seguridad se arriesga a que la encarcelen. Para protegerla, decide casarse con ella. Tres días antes, Francia e Inglaterra han entrado en guerra. En febrero de 1940, Stefan Zweig consigue la nacionalidad inglesa. Pocos días después, lo logra también Lotte. Están seguros por fin, pero el alivio dura poco.

En Bath, Zweig intenta concentrarse en su *Balzac* y trabaja sin descanso. Duda antes de abrir todas las cartas que recibe, de tanto como lo debilitan y deprimen: peticiones de dinero, solicitudes de declaraciones públicas, gritos de desesperación, anuncios de suicidio, de desapariciones, de encarcelamientos... El pasado está muerto, y el porvenir solo existe en un sueño improbable. Zweig se encierra cada vez más, solitario y resignado a la impotencia. Ya no es capaz de ayudarse a sí mismo ni de escapar del terrible abrazo de su angustia. La realidad de la guerra sobrepasa en mucho lo que tanto temiera. Incluso sus morbosos delirios se ven superados. Tendrá que conformarse con que su libertad se restrinja al interior de Inglaterra. El emplazamiento de su residencia se hace más estricto a partir de los primeros días de la guerra. Para cualquier traslado tiene que personarse en la comisaría de policía y presentar la justificación precisa. Pese a haber pasado todas las montañas y los océanos

del mundo, su fama no había llegado aún a Bath, por lo que los funcionarios no lo reconocen. En consecuencia, Stefan Zweig debe someterse, de momento, al régimen común de los apátridas, hacer cola, acudir en persona y perder preciosas horas en las lúgubres oficinas. Su nacionalización no cambia mucho las cosas. Las incesantes formalidades a las que le hacen someterse le hacen sufrir cada día más. Son como flechas que lo desgarran. Aferrado más que nadie a la libertad, acostumbrado desde siempre al trato de favor, se siente mortalmente herido por esas irrisorias vejaciones que, en adelante, tejerán la trama cotidiana de una vida que, para él, ha perdido todo sentido positivo.

Es fácil imaginar el desasosiego de un hombre que jamás se había preocupado de algo que no fuese literatura, psicología individual y grandes ideales, con el privilegio de elevarse por encima de las circunstancias, forzado ahora, de repente, a dedicar la mayor parte de su tiempo a la obtención de visados y otros asuntos burocráticos. El amigo de los grandes músicos, íntimo de los más excelsos espíritus de su época, se ve como una pieza de caza al descubierto, sin barrera de protección contra esa forma de degradación, la reducción a persona corriente. En los pasillos del consulado en Londres, encuentra austríacos conocidos, todos ellos desprovistos de medios y que solo ansían huir bien lejos, como sombras rotas. Cada vez que Zweig abandona Bath regresa más triste, y siempre se promete no moverse más de la pequeña ciudad, pero la sola idea de no poder irse lo enloquece pronto, y por eso vuelve a marcharse con cualquier pretexto. Un demonio lo empuja a hacerlo.

Hitler amenaza con invadir Europa entera. Bajo la violencia del fuego parece formarse un mundo totalmente distinto. Aquél al que Zweig amara tanto no existirá más. En su calidad de huésped de Inglaterra, se prohíbe a sí mismo toda declaración pública y rehúsa responder a los periódicos que se lo solicitan. Zweig calla. Durante los últimos años ha visto que se menospreciaba a Gran Bretaña y se creía en la paz muniquesa, y él renuncia pronto a hacer el Jeremías. Esta negativa a adoptar una postura y a unirse a las indignadas protestas de tantos otros no es solo señal de respeto



hacia el país que lo acoge, sino también la expresión de una naturaleza fundamentalmente pasiva y fatalista. Una brutal lucidez le indica no emprender ninguna acción que, por adelantado, considera destinada al fracaso. El estudio de la historia le ha enseñado que el espíritu no puede vencer en una lucha cuerpo a cuerpo contra la violencia: el espíritu es patrimonio de los vencidos, el consuelo de los justos. A Zweig únicamente le queda el deseo de mantenerse digno en medio de la tormenta. Asaltado por la actualidad, agobiado por el horror de las derrumbadas fronteras y de los miles y miles de prisioneros, no puede evitar enterarse de todo, y su concentración de creador salta hecha añicos. Sin duda, ha sonado la hora final. En ese cruel atolladero, determina escribir sus memorias.

¿Qué fuerza puede impulsar a un literato que lo ha perdido todo y que habla en un desierto sin horizonte a emprender una voluminosa obra sobre su propia vida? Zweig ya no tiene edad de combatir, ni el tiempo para sobrevivir a la desgracia y transformar una existencia sin coherencia íntima. Es como un tapón de corcho flotando en la superficie de los acontecimientos. El mundo le ha vuelto la espalda, y por eso necesita escribir una autobiografía para demostrarse que vive. Además se persuade de que su misión de literato y su deber de conciencia lo obligan a realizar un retrato de quien siguió todo el desarrollo del siglo. Considera indispensable que las generaciones futuras se enteren de lo sucedido. En último término, es el deseo de ofrecer un relato fiel de los primeros cuarenta años del siglo xx y la necesidad de comunicar sus experiencias lo que le empuja a escribir. Es el objetivo elegido, la intención clamada, pero debajo de todos los motivos, se esconde una inspiración más directamente personal, un imperativo de salvación egoísta.

Cuando un hombre pierde el sentido de su propia vida y se da cuenta de que está fuera de sí, su única posibilidad de supervivencia consiste en volver a dar al conjunto de su existencia una coherencia a toro pasado; es decir, destacar la curva artística por encima de las desventuras de la casualidad, descubrir los momentos armoniosos, resaltar la concatenación lógica de los sucesivos periodos y restablecer

un orden por la magia de las palabras, de los capítulos numerados, de un volumen encuadernado en rústica. El otro motivo profundo de ese libro de recuerdos es que Zweig siente acercarse su muerte. Está convencido de que no sobrevivirá a la guerra, porque le falta la necesaria energía interior. Al escribir una vez más, quiere vivir un último sueño y evocar todo antes del fin. Teme que la memoria le falle; sentiría olvidar las horas estelares de su pasado. El autor de *Tres poetas de sus vidas* conoce a la perfección las redes y las debilidades del género autobiográfico. De entrada, ya dice que no hablará demasiado de sí mismo, sino que recordará los periodos vividos por él y actuará más como testimonio que como el verdadero protagonista, una actitud reservada muy propia de Zweig.

En el otoño de 1939, Stefan regresa al otoño de 1881, año de su nacimiento en el antiguo Imperio Austro-húngaro. Piensa dar a sus memorias el título de *Mis tres vidas*.⁶ En efecto, tanto en 1914 como en 1933, el trastorno es total. Sus abuelos habían vivido en un mundo sin cambios desde la cuna hasta la tumba. Remontando la corriente que lo arrastra, Zweig nada entre sus recuerdos anteriores a 1914, los posteriores a 1918 y los que siguen a 1933. Es como si hubiera vivido varias vidas, independientes la una de la otra. Solo una autobiografía puede dar a esa dolorosa división el ritmo de una vida continuada, única y entera, y Zweig comienza a acumular hojas.

La presencia de Lotte le devuelve, a diario, la imagen de su propia edad, bien a pesar de ella. Durante un tiempo Stefan esperaba que le contagiara su juventud de manera que renaciera en él una nueva vida, pero se produce todo lo contrario. Al escribir sobre la Viena de antaño, el literato se da cuenta de que Lotte no acaba de comprender de que época habla; para ella se trata de un mundo imaginario. Zweig no se casa con Lotte por amor, sino para protegerla y legalizar una relación que ya dura cinco años. No se había

⁶ Nota del editor: El libro de sus memorias nunca llegó a tener ese título. En castellano se publicó como *El mundo de ayer*, publicado por la editorial Acantilado en España.



divorciado de Friderike para contraer matrimonio con Lotte, sino con la idea de conjurar el ineludible paso del tiempo y la impotencia cada vez mayor, así como para poner fin a su soledad. Dada su edad, nada tiene ya que perder, y más bien se enorgullece de salvar una vida joven cuando la suya se aproxima al final. Lotte lo estimula en el trabajo, lo anima con observaciones frecuentemente muy oportunas y le manifiesta un cariño fuera de toda duda. En ocasiones, Stefan se entrega a los abrazos y la joven consigue aturdir sus sentidos. La sensualidad de Zweig se ha reducido a la de un gran enfermo sin fuerzas, cuyas carnes vibran con improbables palpitaciones. Presiente que todo es inútil, y que el vínculo se deshace cada día un poco, de manera fatal. Por la mañana hay que levantarse siempre de nuevo; en ese momento, por fortuna, Lotte ya tiene preparado el desayuno, repasada la correspondencia y compuesto el programa de la jornada. Sin eso, Zweig ni siquiera se levantaría, de tanto como le hace sufrir la luz del día y de tantas sombras como hay en su herida alma.

Todas las semanas le escribe a Friderike para tenerla al corriente de su trabajo. Se interesa por ella como un viejo amigo y le recuerda constantemente que no la olvida. Mantiene así durante toda su vida un lazo que rompió por su voluntad. Gracias a esas cartas, Stefan tiene la sensación de que su pasado late todavía. El remordimiento no lo explica todo: para aceptar vivir, necesita todavía a Friderike, y quiere convencerse de que ella está mejor preparada que Lotte para salir con bien de los avatares de la guerra.

Como teme un ataque contra Inglaterra, Stefan Zweig solicita visados para América del Sur, vía Nueva York, donde unos contratos requieren su presencia. Mientras tanto se prepara en Bath, donde procura recrear la comodidad de sus años en Salzburgo. Aparte de trabajar en su autobiografía, corrige las traducciones de sus obras anteriores. Durante cinco meses justos —ni uno más— se aturde con su tarea y se impone una disciplina férrea. Tiene el convencimiento de que, obligándose, uno se libera. Al no encontrar un gozo espontáneo en la escritura, se aplica a su labor del modo más metódico.

A imitación de Freud, rechaza ahora los somníferos porque quiere conservar la lucidez a cualquier precio. Pero entonces, su sueño se puebla de terribles pesadillas. Se levanta antes del alba, establece un ritmo de trabajo extremadamente duro y ya no se cuida. En vez de despertarse de manera natural y sumergirse en los pensamientos matinales que le ocultan la voluntad, no se concede más que unas cuantas horas de descanso y vive como un autómatas. Esa prueba a la que se somete es el único asidero para sus ilusiones destrazadas. El dominio de sí mismo constituye un auténtico consuelo para Zweig, transformado en su propio esclavo.

Para el mundo exterior, es el testimonio de la edad de oro europea, y se comenta que ahora escribe sus recuerdos. Zweig, el hombre de temperamento nostálgico que, pasada su primera infancia, componía poesías a la manera de los antiguos, ese artista de la memoria, el fanático que durante toda su vida pretendiera preocuparse por el futuro de la humanidad, por el mañana de cada cual, acaba vencido por la obsesión del pasado. En vez de protestar, Zweig se lamenta. «¿Qué? Este mundo está muerto. No me queda nada. Estoy desposeído de todo.» Ya no tiene fuerzas para quejarse de lo perdido, sino solamente para sufrir en silencio, prisionero de su nostalgia. No se trata de la dulce melancolía de un hombre maduro que contempla su desaparecida juventud. No; lo suyo es un doloroso anhelo de todo su ser hacia el orden de otros días. Zweig tropieza con grandes dificultades para evocar el pasado en una época cuya actualidad aterra toda imaginación. «¡Que otros arrojen octavillas o vayan a morir en la guerra! ¡Que otros publiquen folletos políticos o vibren de esperanza imaginando el mundo que surgirá del caos! Yo, por mi parte, hablaré de las alamedas del Prater en 1900, de la bohemia literaria de Berlín a principios de siglo.»

Se aproximan el verano y la partida. Al marchar, Zweig se dice que no regresará jamás a Europa, que probablemente pasa sus últimos días en Bath. Pero los dados están echados, y el escritor se entrega a una voluntad que ya no es la suya; ha pedido un visado y se va. Como todos los demás. Las solicitudes de emigración son tan numerosas, que



Zweig solo obtiene un modesto camarote de tercera clase en el transatlántico. Pero al fin y al cabo es lo que desea: ¡ser uno más entre los exiliados! En la aduana, registran su equipaje como el de un criminal. Ni siquiera le permiten llevarse el voluminoso borrador de su *Balzac*, escrito en alemán. No hay nada que hacer. Stefan se encamina a la pasarela con Lotte de su brazo y una maleta en la mano: varios efectos personales, los primeros capítulos de sus memorias, una libreta llena de direcciones, mucho dinero y diversos contratos americanos. Una vez a bordo, el capitán del barco reconoce a Zweig —¡por fin una sorpresa agradable!— y se extraña de verlo en tercera clase. Él le explica que tuvieron que conformarse con lo único encontrado. ¿Cómo es posible tal cosa? El capitán insiste en que el matrimonio Zweig se instale en su propio camarote, espacioso y cómodo, el único digno de un gran artista. Stefan acepta.

Durante la travesía logra escribir un nuevo capítulo. Es la tercera vez que Zweig abandona Europa en dirección a los Estados Unidos. Le angustia la idea de un hipotético retorno y, sin embargo, está decidido a volver algún día a su casa de Bath para recuperar el manuscrito de *Balzac*. Alemania confirma su superioridad en la guerra, y Zweig experimenta aún cierta horrorizada fascinación hacia Hitler, el invencible asesino de Europa. Cuando se imagina que su *Balzac* pudiera desaparecer en un bombardeo, se siente mal. En Nueva York es recibido por periodistas y fotógrafos. Todo el mundo prueba de arrancarle una declaración solemne, una vehemente condena del Reich alemán, una exhortación a que los Estados Unidos entren en la guerra, pero nadie obtiene ni una sola palabra de él. Stefan rehúsa los términos de la realidad, la brutalidad de los hechos; no quiere dar ni un paso que pueda causar nuevas violencias. Sigue siendo pacifista aunque el agresor sea evidente e innegable. Una vez más, Zweig se presenta como un hombre irresoluto; como lo que es en efecto. Desearía sustraerse a esa agitación estéril, y antes moriría que contribuir a una extensión de la guerra. Su pesimismo es tan profundo, y tan seguro está de la victoria de Hitler —quizá más seguro que los mismos alemanes—, que el mutismo se le impone. Quiere

cerrar los oídos al asesino alboroto del mundo y no verse ya enredado en lo que pueda suceder, sino trabajar tranquilamente en su autobiografía. No se consiente ningún otro deseo.

Pero también en Nueva York lo asaltan los emigrantes, y todo son obligaciones, citas y favores que Zweig no puede rechazar. Siguiendo el ejemplo de Thomas Mann, son muchos los intelectuales europeos que intentan rehacer sus vidas. Aún reina allí una cierta alegría que acentúa el abatimiento de Stefan, apenas desembarcado procedente de un continente maltrecho. Toda esa vida metropolitana agudiza su dolor. Es incapaz de compartir el buen humor colectivo, y tampoco se deja convencer por la gran seguridad que demuestran los americanos. La ociosidad y la distracción, aunque sea de carácter artístico, le resultan insoportables. Para él tales valores quedan fuera de lugar cuando un maníaco está destruyendo la civilización occidental y desata una guerra de dimensiones todavía desconocidas.

Se asfixia en Nueva York, por lo que bien pronto parte hacia Sudamérica. Si quisiera, podría transformar su visado de tránsito en un permiso de residencia permanente para los Estados Unidos, pero llevará a cabo la decisión tomada un año atrás. Ya no tiene fuerzas para tomar una determinación de importancia, y se deja llevar. En Brasil, y por su expreso deseo, el recibimiento es más discreto que en 1936. El escritor busca tranquilidad para su trabajo y decide descubrirse ante ese gran país, que ya lo había conquistado cuatro años antes. Su libro *Brasil: país de futuro* es ante todo un homenaje a su sueño personal de resurrección, hoy desvanecido. Aunque en menor medida, su entusiasmo se reanima cuando visita Estados brasileños que todavía no conocía. En unas cuantas semanas termina una obra de trescientas páginas y, para persuadirse de que por fin ha encontrado un verdadero refugio en la tierra, solicita un permiso de residencia en Brasil.

En Buenos Aires tiene que pronunciar diversas conferencias sobre «La Viena de antaño». El éxito es prodigioso. Un amigo de Zweig afirma que nunca en la vida había conseguido tal triunfo un escritor en Argentina. Stefan debe



multiplicar sus apariciones; miles de hombres y mujeres se apiñan en las puertas de las salas para oír la voz de la Europa libre, para asistir a la evocación de las bellezas vivas del pasado. Ese éxito no lo envanece. La emoción que pone en sus tímidas palabras españolas al hablar de su tan amada Viena, perdida para siempre, no es fingida. De nuevo entre bastidores, está tan triste como un payaso después del espectáculo. Ciertamente ha hecho soñar al público, pero su talento es de más provecho para los demás que para él, y la actuación no le procura ningún alivio, ni tampoco una íntima liberación. En vez de endurecerlo, la costumbre del sufrimiento moral lo hace todavía más vulnerable. Además se encuentra mal, y le cuesta un gran esfuerzo presentarse ante el público.

Mientras, lo obsesiona el recuerdo de su *Balzac* retenido en la aduana inglesa y le preocupa su autobiografía por terminar, Lotte tiene problemas con su asma y Friderike no tardará en llegar a Nueva York procedente de Lisboa, adonde ha huido. A Zweig lo invitan a una suntuosa velada de aniversario en Buenos Aires. Corre el mes de octubre del año 1940. Stefan piensa constantemente en París, su ciudad predilecta, ocupada ahora por los invasores nazis. También piensa en el suicidio de uno de sus más viejos amigos, el escritor Joseph Roth. No obstante, su imagen social funciona con una precisión inquietante. Se muestra como hombre de mundo, se refugia con empeño en su personaje, brilla de manera espléndida, habla cinco idiomas a la vez, sabe resultar atractivo y tiene para cada cual una mirada cautivadora. No obstante, al mismo tiempo, continúa con su cruel división interna, desesperado por no reunir las dos partes de su ser, que ya no se conocen: una lo empuja hacia las cimas de un ideal de desapego; la otra, interior, lo arrastra apasionadamente al abismo de la destrucción.

Zweig tiene previsto regresar a Nueva York y finaliza rápidamente su gira sudamericana por Uruguay, cuando el destino lo golpea de nuevo. Había aconsejado a sus colegas brasileños que invitaran a uno de sus amigos cubanos, embajador y literato al que tiene en muy alta estima, y le llega la noticia de que el avión que trasladaba a ese amigo

de Río de Janeiro a La Habana se ha estrellado en el mar. Hasta ahí, en el continente protegido de las angustias de la guerra, surge la muerte, y Zweig vuelve a sentirse azotado por un sentimiento de culpabilidad. Se hunde el hombre en aquel blanco estupor que acabará por dar a sus labios una dureza pétreo. En una época en que los fusiles, los tanques y las bombas arrancan la vida a miles de hombres, mujeres y niños, Stefan se convierte, a su vez, en el instrumento involuntario de una muerte gratuita. Esto basta para acabar de desmoralizarlo.

Sin pérdida de tiempo toma un avión con destino a Nueva York. Después de una escala en el sur de los Estados Unidos, solo le quedan tres horas de vuelo para llegar a la ciudad de los rascacielos. Agotado por la acumulación reciente de desplazamientos, viaja sentado junto a una ventanilla, y mientras Lotte hojea a su lado una revista, él extrae un cigarrillo de una petaca de plata. Se siente tan ingrátido como el aire. Entre las nubes distingue los montañosos macizos, los ríos y los campos, así como poblaciones cuyo nombre no conoce y que, sin duda, albergan innumerables almas. Inclina la cabeza en esa doliente contemplación, su fatigado cuerpo se relaja. El avión lo transporta a gran velocidad, pero a él le parece que los paisajes se deslizan con demasiada lentitud. Estrecha entre su mano, cariñosamente, la de Lotte, que le sonríe. Stefan se siente lejos del mundo. En las alturas celestiales nada puede asustarlo. Si el avión cae, no podrá hacer nada. Pero no tiene miedo. Su conciencia está limpia, libre, y por espacio de un instante deja de pesarle la vida, de la que se separa sin temor. Allí arriba, en el incierto cielo, Zweig ve como el alma se le llena de luces. Los pensamientos invaden su espíritu, claros y tajantes, pero no experimenta dolor alguno. Es como si estuviera anestesiado.

Es el momento ideal para las verdades hirientes; nada le preocupa. Durante el breve vuelo, rememora toda su vida y la juzga despiadadamente, con una agudeza de reflexión que creía desaparecida bajo el asalto de sus angustias. Durante más de dos horas no siente absolutamente nada; permanece frío e indiferente en medio de sus meditaciones. Es capaz de aventurarse sin peligro, de condenar sus propias creencias



sin sufrir y de afrontar la más viva claridad sin estar cegado. Su bienestar es absoluto. La ocasión resulta única. Stefan se divierte contabilizando sus ilusiones, sus pasiones, sus obras, su talento, sus deseos. Pone todo eso en la columna de la izquierda, y luego traza una línea para separar bien la columna de la derecha. Cuando compara las dos columnas —lo esperado en un lado y las recompensas en el otro— el resultado en letras de fuego es la palabra fracaso. El juego es de una simplicidad infantil. Sonríe y vuelve a acercar la cabeza a la ventanilla. Se halla a gran altura y muy lejos de todo. Suelta la mano de Lotte. Stefan, el apasionado, escribe entonces en su imaginación la página más glacial de su carrera literaria.

«... Toda mi vida creí en el poder de las palabras sobre el mundo, pero es la fuerza bruta la que triunfa. Toda la vida busqué un refugio en las palabras, contra los riesgos de la historia, y ahora me veo forzado a errar a ciegas a través del mundo, en busca de una paz imposible de encontrar. Toda la vida ansié la soledad creadora, solo para descubrir que la soledad me resulta intolerable y que soy incapaz de afrontarla. Toda la vida creí en la fuerza de la amistad, y hoy ya no osan escribirme mis amigos. Toda la vida desee que se realizasen grandes progresos en el terreno social, y he aquí que las fanatizadas masas destruyen mi existencia. Siempre esperé que entre los hombres se establecería más igualdad, que la equidad triunfaría en todo, y, sin embargo, no acepto ser reducido a la misma categoría que los demás. Preconicé la fuerza de la democracia, y ahora nos revela sus trágicas debilidades. Quise que entre todas las manos pudiesen circular libros importantes, y resulta que los nazis se adueñan de Nietzsche y lo santifican. Soñé con vivir sin ataduras, como ciudadano universal y libre de toda nacionalidad, y ahora encuentro a faltar de manera terrible mi Austria natal. Pretendí crear una obra que me sobreviviera, y mis libros fueron quemados en vida mía. Me convertí en el propagandista de la psicología moderna, procuré que cada cual pudiera comprenderse mejor, y los más bajos instintos devastan el mundo. Quise hacer amar el pasado para preservar el futuro, y tengo que ver cómo mi época sacrifica todos

los valores de antaño. Defendí el poder del espíritu, y mi cuerpo paralizó con frecuencia mis pensamientos. Ensalcé los méritos del progreso, porque creía en ellos de todo corazón, y en cambio llegó la barbarie. Romain Rolland fue mi maestro, y se dejó cercar por el credo comunista. Admiré el entusiasmo europeo de Verhaeren, y se volvió nacionalista. Animé a los jóvenes a que rindieran culto a la belleza, y ahora visten uniforme de soldado. Me maravillaron los prodigios de la ciencia, pero sirvieron para fabricar armas con que aniquilar a los pueblos. Soñé con el destino de la raza judía; me consideraba un judío errante, depositario de un espíritu elegido, y ahora quieren exterminar todo mi pueblo en unos campos especializados. A través de mi obra intenté ejercer una influencia moral sobre mi época, y hoy me encuentro sin voz. Pinté un fervoroso cuadro de Castellio, y en la actualidad me repugna comprometerme personalmente. Quise ennoblecerme mediante gestos de compasión, y lo cierto es que huyo de los refugiados como si fueran animales repelentes. ¡Columna de la izquierda, columna de la derecha! Imaginé que viviría un segundo Renacimiento de la humanidad, y me toca ver como se hunde. Hice votos por la renovación total de mi vida, pero mis lazos con el pasado me lo impiden. Creí que, teniendo lectores en el mundo entero, podría vivir en cualquier parte con la misma felicidad, y ahora no me adapto a ningún lugar. ¡Izquierda, derecha, fracaso, fracaso absoluto, sueños insensatos, grotescas ilusiones! Mi vida no fue más que una mentira aumentada a las dimensiones de un destino. Siempre me consideré vuelto hacia el mundo exterior, cuando en realidad solo me preocupaba de mí mismo. Hablaba sobre el humanismo mientras me contemplaba en un espejo. Y me creía apasionado, pero era solo por conveniencia. Izquierda, derecha, fracaso, Toda mi vida no fue más que un error, una pesadilla de la que despierto demasiado tarde: pero dediqué tantas fuerzas a ese sueño que suscité el respeto y la admiración de todos, y la gente aún eleva la mirada hacia mí.»

Cuando el avión aterriza, Zweig siente que unas tenazas lo desgarran. Pagará muy caros esos instantes de



transparente lucidez y supremo desprendimiento. En el peor momento lo arrastra el torbellino que es Nueva York. Aunque sus reflexiones acaben de transportarlo a tales alturas de la conciencia del fracaso, su vida cotidiana no ha de cambiar en nada. El abismo interior se profundiza todavía más. Todas aquellas ideas lo habían agitado ya en tiempos anteriores, pero nunca con semejante nitidez. Sus frágiles nervios siempre lo mantenían en la senda del cinismo destructor. Las contracciones de estómago o unas lágrimas de sorpresa lo desviaban constantemente de esa prueba despiadada. Había sido precisa aquella inesperada química de la fatiga y de un viaje en avión para que la imagen de su vida se le apareciera suelta y terriblemente desértica. Zweig no encuentra lo infinito en el sueño o en la esperanza, sino en la aridez de la verdad que lo rodea.

A los pocos días de su llegada, se dirige al consulado británico para arreglar algunos detalles administrativos y, cuando ya se dispone a abandonarlo, la puerta del ascensor se abre y aparece Friderike. En vez de un encuentro violento, es una casualidad que los reúne después de meses y meses de separación. Es fácil imaginar la impresión que tal coincidencia produce en ambos. En él, porque analiza todos los signos del destino, y en ella, porque nunca dejó de creer que su unión con Stefan estaba escrita en las tablas del tiempo. En plena guerra, sin saber exactamente dónde se halla el otro, tropiezan al pie de un ascensor neoyorquino; ¡mira que volver a encontrarse de esa forma! Ambos se funden en un fuerte abrazo. Friderike no lo esperaba, y él temía un reencuentro embarazoso, pero los dos reciben ese regalo del destino con lágrimas de emoción y agradecimiento. Zweig está trastornado, y el pasado le causa fuertes palpitations. Con una energía que desconocía en sí, estrecha contra su pecho a la digna mujer que lo acompañó a lo largo de casi toda su vida. De haber sido preparado el encuentro, no cabe duda de que hubiesen resurgido en Stefan todos los remordimientos y reproches del pasado. Lo imprevisto, en cambio, permite que afloren, sin disfraz, todas las verdades del corazón. Su afecto a Friderike se le revela como una evidencia fatal, y el hombre se pregunta cómo pudo sepa-

rarse de ella. Eso no hace más que aumentar el sentimiento de absurdidad que lo hostiga: ahora ya es demasiado tarde. Sus lágrimas de emoción no tienen nada de sentimentales, sino que brotan de una profundidad mayor. Una vez más, demasiado tarde. Stefan lo sabe, y no añade nada. El año 1940 acaba así; Zweig creía aligerar su alma al desembarazarse de su vida austríaca, pero estaba equivocado, y el peso de la amargura todavía es peor. No se le abre ninguna salida hacia el futuro.

Que su afecto a Friderike haya sobrevivido a las voluntarias separaciones y a todos los desastres de la época, es una revelación para el escritor. Él, que se consideraba suficientemente ducho en todo, tiene que aprender algo nuevo en su sexagésimo año de vida. Por primera vez entrevé la imagen de un amor verdadero, del amor que no se puede describir con palabras ni con colores. Admira el valor que ha permitido a Friderike salvar a sus dos hijas y huir de Europa. Stefan se inclina ante la tenacidad y el carácter de la mujer, que ya lo sedujeran veintiocho años atrás. Friderike, por su parte, queda impresionada al ver tan manifiestamente desanimado a Stefan, tan transformado por los años y el sufrimiento. Sin embargo, se siente dichosa de volver a tenerlo junto a sí, porque nunca dejó de amarlo. Cuando él la hubo abandonado, permaneció sola y profundamente herida. Nunca dudó de la fuerza de sus propios sentimientos. En primer lugar había sido siempre de una absoluta fidelidad a Stefan, y, luego, seguía manteniendo esa misma fidelidad a los recuerdos.

Atrapado entre dos mujeres en Nueva York, Zweig se halla desconcertado. Desde su regreso de Sudamérica lo aniquila una clarividencia terrible, y las noticias que llegan de Europa son cada día peores. El escritor deja el hotel para instalarse fuera de la urbe, más cerca de Friderike, en la pequeña población de Ossining. Allí se sumerge de nuevo en sus memorias. Ya no lo domina la idea de saldar una deuda contraída con las generaciones futuras. Solo lo guía el obsesivo deseo de contar las desaparecidas riquezas de su propia vida y revivir con la imaginación lo que ya nunca más será. La maquina literaria se pone en marcha una



vez más. Lotte está con él, y Friderike reside cerca. Stefan utiliza a sus hijastras para repasar de sus manuscritos y las traducciones ya corregidas de su *Brasil*. Nuevamente, el ritmo de trabajo es agotador. Durante más de diez horas al día, Zweig redacta su autobiografía, y solo interrumpe esa tarea para controlar la actividad de su familiar equipo de secretarías. Es entonces cuando acude a Friderike para que le confirme tal o cual episodio que él ya no recuerda con precisión. ¡La creación obliga! En efecto, Zweig trabaja sin notas, sin cuadernos de apuntes, sin cartas y sin libros. ¡Sin nada! No cuenta con ningún elemento que no sea su memoria. Y la presencia de Friderike. En la primavera de 1941 comienza una carrera contrarreloj. Stefan escribe sin descanso a lo largo de tres meses, con un esfuerzo de voluntad que lo deja exhausto. Percibe la llamada de la muerte, pero hace caso omiso: ¡tiene que terminar, ante todo, lo ya empezado, y acumular más hojas!

Durante esas tremendas semanas, Zweig atraviesa su más grave depresión, de la que no hay modo de salir, a la que es imposible sobrevivir. Jamás la conjugación del desespero y del esfuerzo produjo un libro de memorias tan destacable como *El mundo de ayer*, que es finalmente el título elegido. Para quienes hayan aprendido a conocer a Zweig, esa obra lleva la marca de un heroísmo soberano. Cuando la guerra hace estragos en Europa y el escritor está convencido de que la victoria será para Alemania, persuadido además de no lograr reconstruir su vida en América, constituye una verdadera hazaña relatar con tal sobriedad de expresión, tal altura de miras, tal minuciosidad en los detalles y tal honestidad intelectual una vida entera, la propia. Solo quien sufra intensamente o quien esté ya apartado de las vanidades terrenales puede alcanzar semejante claridad de juicio, semejante maestría suprema de la visión. En las densas cuatrocientas páginas, el escritor conquista el dominio total de su sensibilidad, y nunca aparece humanamente tan cercano como en esa obra tan importante y, a la vez, de extrema sencillez. El lirismo es moderado, la exaltación ha sido excluida, y se prohíbe toda exageración. Una gran medida y maravillosos matices distinguen la preciosa obra, úl-

timo libro de Stefan Zweig. Si bien reconoce haber esperado demasiado, haberse dejado mecer por ilusiones generosas y discutibles, no reclama ahora el orgullo del vencido, sino que quiere presentarse como el héroe de un sueño impedido, pero del más bello. Zweig nunca habla directamente de él, lo que puede desorientar al lector. Escribe *nosotros* cuando debiera poner *yo, mi familia* en vez de Friderike, y, comedidamente, *nuestras esperanzas* cuando evoca sus ilusiones auténticas y personales. Aceptado este sistema, se descubre pronto, bajo la aparente impersonalidad del relato, una verdadera confesión. Stefan Zweig ya no sabe esconderse.

En el prefacio explica que la decisión de escribir sus memorias no se debe a una inclinación egoísta, sino solo a la circunstancia de haber nacido austríaco, literato y judío. Ya que le tocó verse envuelto en todos los conflictos del siglo, se considera en la obligación de actuar como testigo y resucitar las grandes esperanzas, luego burladas, que él había secundado como tantos otros durante tres décadas. De *El mundo de ayer*, uno retiene sobre todo el ambiente crepuscular que preside su concepción. Desde las primeras líneas prevemos ya el fin, y el apasionamiento y, también, el desconcierto que se puedan crear en el lector son consecuencia de su arte involuntario. Cuando se descubre bajo la pluma de Zweig esta modesta exclamación: «¡Tontos, qué tontos éramos!», se siente impresionado por la sinceridad de la confesión, por la buena voluntad del autor, por la honestidad innata de un idealista enfrentado al fracaso irremediable de su vida.

La depresión es terrible. Stefan tiene un velo delante de los ojos y disimula mal el terror que hay en ellos. Sus facciones delatan cansancio, sus finas manos de aristócrata están cubiertas de un oscuro vello, y la ligereza ha desaparecido de su forma de andar. Tiene ahora la rigidez de un hombre fulminado en pleno esfuerzo. La pequeña ciudad de Ossining resulta sofocante a causa del calor, y el sol no hace más que avivar los dolores de Stefan. Espera a que anochezca para reanudar su trabajo, porque solo en las horas de oscuridad acepta existir. Ya no soporta la luz del día, puesto que invita a una vida que ha abandonado su



alma. En ese último verano de 1941, una jornada de Stefan Zweig es lo más pesado que se pueda imaginar. Se levanta el escritor al mediodía, cierra las cortinas de su alcoba y trabaja hasta las seis de la tarde, hora en que se reúne con Friderike para afrontar el crepúsculo, que es cuando le sobrevienen las angustias. Suele cenar luego con un amigo, se interesa por la salud de Lotte y, después, vuelve a escribir hasta la madrugada. Termina por fin su jornada. Zweig tiene los miembros anquilosados por la inmovilidad, y su nuca es un foco de dolor. No obstante, logra dormir algunas horas mientras los demás ya se levantan.

Su insoportable tormento es consecuencia de una lacerante incertidumbre con respecto a su propio porvenir. Mientras reconstruye palabra por palabra el mundo de ayer, sus esperanzas de una nueva vida se han derrumbado definitivamente. Después de anunciar la caída de Austria y de haber perdido su patria, Stefan reproduce sobre el papel una Austria que ya no existe, y así lo sufre todo por tercera vez, siempre arrastrado por un demonio irresistible. Al retroceder en el tiempo, embellece todavía más su tierra natal, cuna de los sueños de su vida. La nostalgia ya no es un argumento de composición, sino que se confunde con un dolor humano bien preciso. Si al menos pudiese olvidar el pasado, si al menos nada se lo recordara, quizá aún encontrase un respiro, pero Friderike, principal testigo de una felicidad truncada y actriz esencial de su destino de escritor, está allí mismo. En el trágico resplandor que a veces nace en el más angustiado corazón, Zweig entrevé una imposible salvación. Comprende que, a lo largo de toda su vida, tuvo lo infinito al alcance de la mano sin apreciarlo en su justa dimensión, ya que dedicó su atención a otros horizontes, que teñía de púrpura con facilidad. Esa infinitud hubiese consistido en compartir de manera más intensa el amor de Friderike, el amor exclusivo y múltiple de una sola mujer, y en celebrar el milagro siempre renaciente de la pareja, ese mundo frágil como un secreto. Acude entonces con tranquilidad a casa de Friderike, cierra la puerta tras de sí, estrecha a la mujer entre sus brazos y le dice que no la dejará nunca más. En la conciencia obsesiva de su fracaso,

se apodera de él otra verdad, que se traduce así: «¡Amarte significa amar a la humanidad y construir un mundo a tu alrededor, inventar de nuevo la libertad; acariciar tu espalda es abrazar el universo entero, y beber de tu boca, satisfacer mi sed de lo absoluto, morir en tus brazos, lo que equivale a vivir!».

Zweig tiene cincuenta y nueve años cumplidos. Friderike, un poco menos. Junto a ella, Stefan se siente como una extraña criatura de doble rostro, de niño y de anciano al mismo tiempo. Por ella quizá fuese capaz de volver a vivir. La profusión se encuentra en lo único; el universo solo se ilumina de lleno en el fondo de los ojos de quien nos ama. Pero es demasiado tarde. Existe Lotte, su esposa, y cuando Friderike domina sus pensamientos, no se siente libre para volver junto a ella.

La absurdidad de tal situación lo destroza. ¡Jamás hubiera imaginado tal cosa! En seis meses, Zweig ha revivido todo el camino de su vida y ha martirizado su alma con el escalpelo de la franqueza, y las circunstancias le hacen imposible la única salida que aún desearía. Un amigo, Fullop Miller, acude con frecuencia a conversar con él sobre el libro que escribe acerca de la muerte voluntaria y de los misterios del tránsito. La discusión es siempre animada. De forma muy simple, Zweig pregunta a su amigo sobre los diversos modos de poner fin a sus días, y el otro despliega sin malicia su erudición en la materia: determinada dosis de Veronal es mortal de necesidad; tal o cual mezcla produce una muerte instantánea; tal otra causa un desenlace lento como el sueño de un niño. Zweig disimula y presta la máxima atención a las palabras de su interlocutor. Es uno de los hombres más civilizados del mundo.

El día en que Stefan Zweig pone punto final a sus memorias después de las palabras «ha vivido», se dice que ha llegado el momento de terminar. Echa una mirada a su tubo de barbitúricos, y no dudaría en tomárselo entero si Friderike no estuviese tan cerca. En esa hora de la verdad es ella quien se impone a su conciencia. Recuerda Stefan haberle propuesto, en dos ocasiones, morir con él, lo que ahora le hace reír. ¡Si Friderike simboliza la vida misma!



Pero la dejó, al abandonar Salzburgo para correr la incierta aventura de sus sentidos y preconizar la amistad entre los pueblos ante doctas asambleas, y al encerrarse en su despacho para describir sin descanso las más intensas pasiones femeninas, mientras ella permanecía allí. Comprende que quizá hubiese debido tomarse tiempo para tumbarse en la hierba del Kapuzinerberg junto a Friderike para charlar con las estrellas. Emprender una interminable fuga entre sus acogedores brazos, esculpir con las manos desnudas esa indestructible muralla contra el mundo que es el amor compartido: otra ilusión, otro destino. Todo solo hipótesis. Zweig nació en una época demasiado prometedora. Como se le ofrecía todo, quiso lo más grande —la humanidad— y lo más glorioso: la creación y la inmortalidad. Pero cuando el cuerpo ya no responde a lo que pide el pensamiento, cuando los nervios han mermado la voluntad, es tarde para revivir. Friderike no acaba de entender ese misterioso mal que con frecuencia impide hablar a Stefan, cuando la mira.

El calor es agobiante, y Zweig se prepara para volver a Brasil con Lotte, cuya salud se debilita cada vez más; sus repetidas crisis de asma se hacen insostenibles. Se da sobrada cuenta de que los encuentros de Stefan con Friderike no son mera fórmula, pero no dice nada y continúa mecanografiando *El mundo de ayer*, cuyas frases devora con pasión. Vive su amor con una especie de sumisión. En brazos de Stefan se siente toda una mujer. Finalizado el libro, resurgen las realidades: reuniones con los editores, conferencias con los periodistas acerca del breve estudio de Zweig sobre Americo Vesputio, el hombre que dio nombre a América. Hay que añadir las obligatorias visitas a los amigos neoyorquinos. Zweig no puede ni quiere más. En el fondo de su angustia se ha encontrado un poco consigo mismo. Por eso rehúsa ahora el teatro de la vida social, ese ballet de ciegos. ¡Antes sufrir de manera permanente que dejarse aturdir para luego caer de nuevo! Al huir de las reuniones, de la correspondencia, de la prensa y de la animación de las calles, ya no busca escapar de sí mismo, sino precisamente no volver a perderse y, por el contrario, conservar aquella forma de cohesión con el dolor descubierta por él.

En Brasil, el clima será más suave. Zweig puede permanecer allí indefinidamente, y aprovecha la oportunidad para retirarse para siempre del mundanal ruido. Quiere mitigar la soledad de su conciencia en la soledad geográfica. Varias semanas antes de abandonar Nueva York invita a trescientas personas a un cóctel de despedida en el hotel Windham. Es la segunda recepción importante que Zweig ofrece a lo largo de su vida. La primera había tenido lugar veinte años antes en Salzburgo, por iniciativa de Friderike y con ocasión de una reunión internacional de mujeres a favor de la paz. Zweig hace un último acopio de energía para agradar a la gente con su presencia. Bien erguido y elegantemente vestido, encuentra palabras de ánimo para todos y cada uno de los asistentes. Señala la posguerra como una perspectiva cierta y anuncia la victoria final de las democracias sobre la violencia de los totalitarismos. Estrecha con calor todas las manos y posa en cada rostro una larga mirada, como si quisiera grabar en su memoria, por última vez, una imagen que desaparecerá. Hay en él aquel empeño que se pone en acompañar hasta la puerta a quien no se espera volver a ver. En el fondo de sí mismo, Zweig sabe que no volverá, y que el viaje a Río será el último. Con aquella recepción, con la que excepcionalmente rompe su habitual discreción, Stefan se despide del mundo. Antes que realizar trescientas visitas a sus amigos emigrados, considera más práctico enviar trescientas invitaciones y terminar de una vez. Tiene prisa. Ya solo percibe la llamada de la soledad.

La víspera de su marcha se despide de Friderike.

—¿Sabes que, sin duda, nos vemos hoy por última vez?

—Estés donde estés, yo daré contigo aunque te escondas en el otro extremo del mundo —contesta ella.

Por espacio de unos instantes, Stefan considera la absurda posibilidad de que Friderike se reúna con él. Es un abrazo sin lágrimas ni besos, el más silencioso de todos. Dos soledades que se rinden mutuo homenaje. Stefan sabe que no volverá a verla. Friderike cree, por su parte, en una posible reconciliación.

Zweig embarca aliviado, soñando con una casa en plena naturaleza y en completo aislamiento. Ansía un gran silencio



y el olvido más profundo. Espera haberse desembarazado para siempre de las esclavitudes de su vida de escritor célebre. «Muy cerca ya de los sesenta años, uno tiene derecho a la paz, puede retirarse y puede morir. Ha vivido su tiempo, y ese mismo tiempo lo ha derrotado. Europa está hundida en la guerra para varios años fatales, y mañana lo estará el mundo entero. No cabe duda de que Hitler acabará venciendo. Renacerá entonces un mundo nuevo, edificado sobre millones de cadáveres, pero mi destino termina aquí, en esta costa de Brasil. Solo necesito un retiro apacible, quizá escribir un libro... ¡y que siga la vida!»

Apenas aterriza el avión, Zweig se ve obligado a rellenar todavía una serie de largos formularios. El hombre que ha decidido retirarse del mundo también tiene que dejar la huella de sus diez dedos. La pareja pasa algunas semanas en un palacio de Río y, pese a hallarse en una de las ciudades más hermosas del globo, a Zweig le entra el horror a las urbes. Finalmente, encuentra a varios kilómetros de la ciudad, en las alturas de Petrópolis, un chalet en alquiler, junto a una carretera tranquila, en un ambiente de paraíso semitropical. El contrato es por seis meses, y no lo duda. Una doncella, un jardinero, un autobús que le permite bajar a Río cuando quiera, una soledad completa y llena de calma. Zweig suspira brevemente, y Lotte con él.

El sexagésimo cumpleaños se acerca a grandes pasos. Para esta ocasión, Stefan compone un corto poema que manda a varios amigos que han quedado en los Estados Unidos. Recibe luego algunas cartas que lo llenan de placer. En su voluntario aislamiento saborea una última satisfacción de escritor. Su horror a la vejez y a la enfermedad, su aprecio por la belleza, su miedo a la decadencia física e intelectual, todo ello contribuye a hacer de esa fecha un nuevo drama. Quisiera esconderse todavía más para disimular una edad que a él le parece de mal gusto. Por un capricho de la mente, está persuadido de que la vida se acaba a los sesenta años. Ya no tendrá fuerzas para afrontar un mundo nuevo entre las convulsiones de la posguerra. La soledad cotidiana que deseaba con tanta impaciencia, empieza a a pesarle. ¿Y como lograr soportarla junto a Lotte, a la

que debe sostener a pulso y cuyo estado de salud se deteriora lentamente?

Encerrado en Petrópolis, Zweig se corta a sí mismo, de manera voluntaria, las posibilidades que se le ofrecen de revivir. Sin embargo, cada mañana espera la llegada del correo. El cartero apenas lleva una sola carta al domicilio de Stefan Zweig, que antes nunca había recibido menos de diez al día. Está derrumbado, pero no hay modo de que se mueva. Cierro es que había pensado escribir, de acuerdo con el compositor Heitor Villa-Lobos, el argumento de un ballet para la coreógrafa y escenógrafa Margarita Wallmann, refugiada en Buenos Aires y a la que Zweig estima y admira mucho, pero el proyecto se retrasa. Por lo tanto, no le resta más que aguardar la llegada a Petrópolis del manuscrito de su *Balzac*. Terminar su obra maestra, de la que tres cuartas partes ya estaban acabadas, quizá hubiese significado prolongar la vida de Stefan algunos meses. Incluso cabe la posibilidad de que la conclusión de la obra le hubiera devuelto la confianza en sus facultades creadoras; pero solo son vanas conjeturas. El destino le sonríe de pronto cuando en la casa de Petrópolis descubre una edición completa de los *Ensayos* de Montaigne. Se sumerge en la docta lectura y halla en sí una profunda afinidad con el destino de Montaigne. Sobre todo lo atrae un pasaje dedicado a «la más voluntaria muerte, [que] es la más hermosa». En el siglo XVI, que había nutrido todas sus esperanzas y sus desesperaciones, vuelve a encontrar la justificación moral del suicidio.

En Río se publica *Brasil: país de futuro*. Varios periodistas le reprochan a Zweig que se haya rendido a los encantos de lo pintoresco y, en cambio, haya descuidado el potencial desarrollo económico de su país por haberse limitado a unas meras impresiones de viaje en vez de destacar las realidades modernas. Pero para Zweig el futuro ya no tiene nada que ver con el progreso. Opina que, si en la tierra existe un futuro, solo puede proceder de la cordialidad de la forma de vida y de las relaciones humanas. Tales críticas, aunque anodinas en realidad, lo afectan profundamente, y casi podríamos decir que en el fondo lo alegran. Su amado Brasil y la prensa le corresponden mal. Pero eso poco im-



porta, porque Zweig va en busca de la última estocada, la que ha de matarlo. Ahora solo le falta el valor para morir de forma voluntaria. Si abandonó Inglaterra con la mayor indiferencia, si luego no dio ningún paso decisivo para establecerse en los Estados Unidos, es porque un demonio lo empujaba hacia el encuentro con su último destino. Se repetía que en Brasil hallaría el reposo.

A Zweig no solo lo condujo al suicidio la Segunda Guerra Mundial ni el fantasma de Hitler ni la persecución del pueblo judío. No; se trata de un hombre de sesenta años que pone fecha de caducidad al error de toda una existencia al servicio del ideal. Un hombre que se destruye, no lo hace por los demás, sino que obedece a una exigencia que solo lo concierne a él. Con su muerte, Stefan Zweig realiza un acto verdadero, y el valor necesario para ello le confiere la grandeza por la que había suspirado durante toda su vida. Para encontrar esa última fuerza, tuvo que aceptar la trampa de una soledad deseada. El demonio llama a la puerta, él le abre por fin, y comienzan unas felices nupcias con la muerte. Tal vez reúna en la muerte liberadora el orden y la paz, la libertad. Su obra lo sobrevivirá. Lotte está dispuesta a seguirlo en todo. Se deja arrastrar por el morboso vértigo de Stefan, que se decide por un veneno que causa una muerte lenta e indolora.

Esa perspectiva lo calma, y empieza de nuevo a observar la vida que lo rodea. Cuando sabe cómo poner fin a su vida y la hora que elegirá, los días transcurren más apaciblemente. Escribe un breve ensayo sobre Montaigne, termina su novela *Una partida de ajedrez* y se pone a esperar el *Balzac*, que finalmente pudo salir de Inglaterra. La guerra se internacionaliza, pasa de un continente a otro, y Zweig se convence de que Hitler será vencido un día u otro. Pero ¿a qué precio? Nadie lo sabe. En cualquier caso, el mundo futuro ya no tendrá espacio para un Stefan Zweig. En las últimas semanas de su vida, el gran genio sorprende a sus amigos brasileños con inesperadas curiosidades: quiere saber cómo se riega una llanura seca, cómo hay que plantar un árbol, cómo funciona una grúa. Realmente parece interesarse por todo ello, él que siempre fue tan torpe, incapaz de

ir en bicicleta o conducir un automóvil. En febrero de 1942, acepta asistir con Lotte al carnaval de Río, pero el frenesí de las danzas, la violencia de los instintos demostrados al ritmo de una música ensordecedora no expresan ninguna alegría. Zweig no ve más que ruido, furor, muecas y grotescas contorsiones. Tras un solo día de carnaval, regresa de manera súbita a Petrópolis, decidido a poner fin a todo.

Durante dos días ordena sus asuntos, escribe a algunos amigos, redacta su testamento y también envía una declaración para agradecerles su hospitalidad a las autoridades brasileñas, las cuales, a petición de la comunidad judía de Río de Janeiro, le dedicarán exequias de carácter nacional. Stefan pone etiquetas a los manuscritos inacabados y los dispone con cuidado sobre su mesa de trabajo. Ni siquiera tiene ya máquina de escribir. La que le había servido para *El mundo de ayer* quedó en Nueva York, con la excusa de que resultaba incómodo llevarla de viaje. Zweig le escribe una carta a Friderike, que deberá ser echada al correo después de su muerte. En ella suplica a la mujer que trate de comprender su decisión y que perdone el daño que le hace al desaparecer por su propia voluntad. Y firma: «Tu Stefan, sosegado y feliz».

Meticuloso en su última hora, se viste por completo, se pone la corbata e ingiere una fuerte dosis de narcóticos para continuar arreglando su despacho y los papeles hasta el momento que con paso vacilante puede alcanzar su alcoba. Se acuesta a esperar la dulce agonía salvadora. Su último pensamiento es secreto.

Lotte no había creído en serio que llegase a hacer tal cosa. Zweig dejaba dispuesto que todos sus bienes fuesen para ella, sin haber intentado que lo siguiera a la muerte. Pero para la esposa no existe otra salvación que Stefan y, aterrorizada ante la idea de tener que sobrevivirle, ingiere, a su vez, las restantes grageas de veneno y se agarra al moribundo. Es domingo. El servicio ha iniciado su día libre antes de que el amo se evada. La víspera, Stefan ha telefonado a varios amigos bajo pretextos sin importancia, y les ha ido diciendo a cada uno de ellos: «Me place oírte». Pone de manifiesto su ejemplar cortesía hasta la última noche



de su vida, e incluso llega a aceptar una partida de ajedrez con su último visitante, ante la estupefacta mirada de Lotte. Con su decisión de poner fin a sus días, respira profundamente por primera vez desde hacía diez años. De repente, se siente tranquilo, refugiado en el seno de una determinación ineluctable.

Zweig no se suicida en un acceso de angustia ni se desmorona de manera súbita. Pero el sufrimiento acumulado le hace contemplar su desaparición con serenidad. Mediante una muerte voluntaria, su espíritu triunfa mucho más. Con ese solo acto, Zweig justifica su vida entera. Gracias al valor de tal resolución, reconquista la unidad perdida y recobra su propia estima. Deja el mundo después de haber escrito grandes obras, con buena salud, pese a todo, pero, sobre todo, con dignidad, de forma correcta y discreta. Cuando la vida ha perdido su sentido, la muerte le ofrece otro. Con este gesto de soberana independencia, alcanza la eternidad de las sublimes figuras trágicas. Kleist se había suicidado con una persona encontrada al azar. Zweig se mata el mismo día que Lotte, su compañera de infortunio.

El lunes por la mañana, el jardinero se extraña de no recibir respuesta cuando llama a la puerta. Supone que los amos todavía duermen y, en cierto sentido, tiene razón. Avanza la tarde. Al ver que nadie contesta todavía, el hombre se inquieta, sube al tejado del chalet y, a través de un tragaluz, distingue los dos cuerpos que yacen juntos, muertos.

El porvenir de la nostalgia, la patria oculta, es la muerte elegida, la muerte consentida.



OBRAS PUBLICADAS EN CASTELLANO DE STEFAN ZWEIG

Américo Vespucio, Juventud, 1983, ISBN 84-261-1970-0

Amok, El Acantilado, 2003, ISBN 84-96136-21-3

Ardiente secreto, El Acantilado, 2004, ISBN 84-96136-59-0

Balzac: la novela de una vida, Paidós, 2005, ISBN 84-493-1829-7

Brasil: país de futuro, Cahoba, 2006, ISBN 84-9832-059-3

Calidoscopio, Juventud, 1984, ISBN 84-261-1378-8

Carta de una desconocida, El Acantilado, 2002, ISBN 84-95359-47-2

Castellio contra Calvino (Conciencia contra violencia), El Acantilado, 2001, ISBN 84-95359-56-1

Correspondencia (Stefan Zweig, Hermann Hesse), El Acantilado, 2009, ISBN 978-84-96834-95-8

El amor de Erika Ewald, El Acantilado, 2004, ISBN 84-96136-78-7

El candelabro enterrado, El Acantilado, 2007, ISBN 84-96489-87-6

El legado de Europa, El Acantilado, 2003, ISBN 84-96136-43-4

El misterio de la creación artística, Sequitur, 2007, ISBN 84-95363-35-0

El mundo de ayer. Memorias de un europeo, El Acantilado, 2002, ISBN 84-95359-49-9

Erasmus de Rotterdam: triunfo y tragedia de un humanista, Paidós, 2005, ISBN 84-493-1719-3

Fiódor Mijáilovich Dostoyevski, Juventud, 1983, ISBN 84-261-0054-6

Fouché: el genio tenebroso, Debate, 2003, ISBN 84-8306-992-X

La curación por el espíritu (Mesmer, Baker-Eddy, Freud), El Acantilado, 2006, ISBN 84-96489-53-1

La embriaguez de la metamorfosis, El Acantilado, 2002, ISBN 84-95359-97-9



La impaciencia del corazón, El Acantilado, 2006, ISBN 84-96489-42-6
La lucha contra el demonio (Hölderlin, Kleist, Nietzsche), El Acantilado, 2002, ISBN 84-95359-04-9
La mujer y el paisaje, El Acantilado, 2007, ISBN 978-84-96834-15-6
Los ojos del hermano eterno: leyenda, El Acantilado, 2002, ISBN 84-95359-83-9
Magallanes: el hombre y su gesta, Debate, 2005, ISBN 84-8306-610-6
María Antonieta: esplendor y tragedia de una reina, Debate, 2003, ISBN 84-8306-559-2
María Estuardo: el trágico retrato de la última reina de Escocia, Debate, 2003, ISBN 84-8306-549-5
Mendel el de los libros, El Acantilado, 2009, ISBN 978-84-96834-90-3
Momentos estelares de la humanidad (Catorce miniaturas históricas), El Acantilado, 2002, ISBN 84-95359-92-8
Montaigne, El Acantilado, 2007, ISBN 978-84-96834-29-3
Noche fantástica, El Acantilado, 2005, ISBN 84-96489-02-7
Novela de ajedrez, El Acantilado, 2001, ISBN 84-95359-45-6
Sueños olvidados y otros relatos, Alba, 2001, ISBN 84-8428-017-9
Tiempo y mundo, Juventud, 1998, ISBN 84-261-3062-3
Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoievski, El Acantilado, 2004, ISBN 84-96136-84-1
Tres poetas de sus vidas, Planeta, 2008, ISBN 978-84-08-08254-5
Veinticuatro horas en la vida de una mujer, El Acantilado, 2002, ISBN 84-95359-39-1
Viaje al pasado, El Acantilado, 2009, ISBN 978-84-96834-99-6

ESTA EDICIÓN DE
«UNA VIDA DE STEFAN ZWEIG. NOSTALGIAS EUROPEAS»,
DE JEAN-JACQUES LAFAYE,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN
LA TORRE DE CLARAMUNT
EN EL MES DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 2009

¿te ha gustado este libro?

Alréves escucha
lector@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com